

Fuego en el verso

Por Luis Bagué Quílez

POESÍA. EL DRAMATURGO Alberto Conejero debuta en el pequeño escenario del verso con un libro de impecable carpintería verbal: *Si descubres un incendio*. Como afirma Antonio Lucas en el prólogo, estamos ante un "aquelarre íntimo" en tres actos, protagonizados respectivamente por la fugacidad existencial, la herida del desamor y el anhelo de permanencia. Bajo la advocación del adagio latino *vulnerant omnes, ultima necat* (todas hieren, la última mata), la primera sección pone el acento en la actualización de los tópicos ligados a la caducidad, ya sea por el lenguaje de la fábula o mediante el autorretrato especular. Frente a la transitoriedad de la vida, la segunda parte remite al "cuerpo a cuerpo" del amor, a las cenizas con sentido y a la ley del deseo. La evocación de una historia sentimental sin final feliz trasciende



Si descubres un incendio
Alberto Conejero
La Bella Varsovia
Madrid, 2016
68 páginas, 10 euros

su condición de exorcismo privado gracias a la dramatización de ciertos episodios y al virtuosismo de algunas piezas. Prueba de ello es la canción desesperada *Another Fucking Love Song*.

La tercera sección se abre a un horizonte luminoso donde cobra relieve la aventura creativa. La variedad de registros de *Si descubres un incendio* revela que en el poeta Conejero aún coexisten varios poetas de interés desigual. A sabiendas de que al final solo puede quedar uno, ojalá sobreviva el vate audaz que no teme mezclar la alta cultura con el guño popular, o el que transita con endiablada facilidad entre la observación exterior y el monólogo interior. Con este poemario, el autor demuestra conocer perfectamente las dimensiones del nuevo teatro. Estamos deseando que continúe la representación. •

'Goodbye', Lenin; 'goodbye', Gorbys

Seis años que cambiaron el mundo, de Hélène Carrère d'Encausse, es un apasionante libro sobre el proceso que llevó a Rusia a deshacerse en 1991 de su gran reformador

Por Monika Zgustova

ENSAYO. EL 22 DE AGOSTO de 1991, tras el golpe de Estado en la Unión Soviética, el pueblo ruso tomó en sus manos algunas decisiones importantes. Obligó a Gorbachov a firmar varios decretos e hizo que la bandera histórica de Rusia ondeara sobre los edificios públicos de Moscú; la Rusia histórica había vuelto. Por la noche la multitud atacó la abominada estatua de Félix Dzerzhinski, fundador de la policía secreta y todo un símbolo de las persecuciones soviéticas. La estatua que se erigía en la plaza Lubiánka, dominada por la temida sede del KGB, fue derrocada en un ambiente de frenético júbilo. Los canales televisivos mostraron al mundo que lo increíble se había hecho realidad: tras siete décadas de totalitarismo, el pueblo había tomado su destino en sus manos. Esta es una de las escenas que podemos haber olvidado y que Carrère d'Encausse nos recuerda con vivacidad.

En su apasionante libro *Seis años que cambiaron el mundo*, la historiadora Hélène Carrère d'Encausse, biógrafa de los Romanov, de Lenin y Stalin, además de secretaria perpetua de la Académie française, describe con todo lujo de detalles cómo se llegó hasta ese día histórico desde que Gorbachov llegó al poder en la URSS y de qué manera Rusia, finalmente, se deshizo de su gran reformador. Los seis años que van desde 1985 hasta 1991 empezaron en ple-

na Guerra Fría, con la Unión Soviética siendo una temida superpotencia que no tenía otro rival que Estados Unidos. Gorbachov subió al más alto peldaño del poder soviético cuando el PCUS tomó la

iniciativa de rejuvenecer la imagen de su líder y escogió a Gorbachov para desempeñar este papel. Gorbachov se puso a hacer cosas inauditas: la primera fue que, en vez de esconderla como sus predecesores, dio a conocer la catástrofe de Chernóbil. Además, al saberse que la tragedia ocurrió en parte por culpa del alcohol, el premier estableció la ley seca, que resultó ser tan antipopular que, unos años más tarde, llegó a convertirse en una de las causas de su caída. La democratización del régimen soviético, impulsada por Gorbys, provocó que los satélites de la URSS se emanciparan y rápidamente abrazaran un sistema democrático y la economía de mercado; otro tanto sucedió con las repúblicas secesionistas, como las bálticas, Georgia y Ucrania, entre otras muchas que acabaron independizándose. Los rusos no soportaron perder su imperio y tras el golpe de Estado destronaron a Gorbachov en favor de Boris Yeltsin.

Ese libro, el mejor entre la decena de volúmenes de ensayo destacables sobre esta época porque ofrece una visión de conjunto completa e imparcial, además de viva y bien documentada, acaba cuando Yeltsin abandona el Kremlin y lega el país a su sucesor, Vladimir Putin, con un último deseo: "Cuide bien de Rusia".

Aquellos seis años milagrosos prácticamente acabaron con el comunismo mundial. Sin embargo, recalca Carrère, un cuarto de siglo más tarde, la memoria colectiva continúa subestimando, cuando no olvidando, esa extraordinaria serie de acontecimientos, la desaparición pacífica de un sistema todopoderoso que se creía eterno. Este libro, magistralmente narrado, lo deberían leer todos los que desean conservar y defender la memoria histórica. •



Gorbachov visto por Sciamarella.

Seis años que cambiaron el mundo

Hélène Carrère d'Encausse
Traducción de Ana Herrera
Ariel
Barcelona, 2016
384 páginas
23,90 euros

Los *impunes* de Richard Price, traducido por Óscar Palmer Yáñez, es un libro de polígrafo y caos que trasciende su género, causa síndrome de abstinencia y se lee como una serie de televisión especialmente trepidante. •

Un lío de impunes

El sardónico autor de novela criminal del Bronx vuelve con un libro de redención y venganza que firmó con alias

Por Kiko Amat

NARRATIVA. ESTO ES UNA NOVELA de Richard Price (The Bronx, 1949), pero estuvo a punto de no serlo: el autor anhelaba escribir una obra "comercial" con seudónimo (Harry Brandt), solo que el proceso se asemejó, en sus palabras, a "sacar un conejo de un sombrero de cristal". La autoría cantaba como una almeja; eso es lo que el hombre intenta decir. Price —que ha publicado nueve novelas, ha recibido premios por *The Wire*, ha sido nominado al Oscar por un guion (*El color del dinero*, 1986) e incluso escribió el video *Bad* de Michael Jackson— aprendió en sus veteranas nalgas que la mayoría de autores meritorios escriben con un estilo que no dictan la voluntad o el mercado, y que es tan inmutable como la trayectoria de la órbita terrestre. Al final Price claudicó,

resignado, y terminó firmando con su nombre real. Un hombre debe escoger sus batallas, y lo de disimular su voz estaba condenado al fracaso.

Dicho lo dicho, *Los impunes* solo naufraga en eso, lo de la firma encapuchada. En todo lo demás es puro Richard Price después de 1992, la época en que el autor decidió dejar de escribir sobre sí mismo y —con *Clockers*— zambullirse en lo que Nelson Algren pudo haber definido como "periodismo emocional". Drama callejero realista inmerso en una trama criminal.

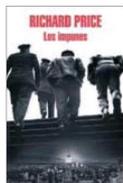
Los impunes, hay que decir también, no es un libro perfecto. El número de bajas mortales de la novela es más alto que en *Predator II*, y en sus 411 páginas condensa más nombres imposibles de memorizar que el libro del Génesis (al final, uno tiene que abandonar el *control freak*

que lleva dentro y seguir avanzando sin corroborar identidades; de otro modo, no terminaríamos nunca). Pero esas son sus dos únicas pegadas.

La trama es tridimensional, sin clichés, adictivísima y tiene fondo de sobras para que quepan en ella reflexiones hondas. Hablamos de Billy Graves, un detective maduro que patrulla el turno de noche en Manhattan, y su obsesión creciente por uno de sus casos no cerrados, cierto homicida que se fue de rositas. A esa hebra se entrelazan los incómodos de cada uno de sus colegas (todos tienen un indenne), y cómo de repente alguien les está dando sistemático matarile. Aparece también un piernas intrigante, Milton

Ramos, el policía que se la tiene jurada a Graves. Ramos, de hecho, es el típico secundario que acapara los mejores diálogos y roba el plano. Un villano en relieve, como el Kingpin del nuevo *Daredevil* o el Tommy Shelby de *Peaky Blinders*: malos con métodos cuestionables pero bagajes que fomentan la empatía. En eso Price es el rey; la elaboración de personajes creíbles y humanos, estén del lado de la ley o del desorden.

Esta historia de "revancha indirecta", obcecación autodestructiva a lo Moby Dick y culmen con lavado-de-pecados (tres temas predilectos de Price; y más también) sube de ritmo según pasan las páginas, y a partir de la 250 agarra una aceleración feroz. Eh: quieres saber. Necesitas saber. *Vas a saber*, desoyendo los gemidos familiares de tus hijos en la habitación contigua y las llamadas conyugales a levantarte de la *chaise longue*, lavar tus pistulas y hacer algo de provecho con tu vida. Y lo harás, algún día lo harás, pero no hasta que hayas terminado *Los impunes*. Un libro de polis y caos que trasciende su género, causa síndrome de abstinencia y se lee como una serie de televisión especialmente trepidante. •



Los impunes
Richard Price
Traducción de Óscar Palmer Yáñez
Literatura Random House
Barcelona, 2016
411 páginas
22,90 euros